

Azul

POR MAGELA CABRERA ARIAS

Aquel viernes, el agonizante año lectivo acabó abruptamente. Sonriendo y sorprendida, continué sacando las descoloridas fotografías de aquella caja, mientras llegaban fugaces recuerdos que me invadían de nostalgia. Mi inconsciente, ese desván oscuro, almacén de recuerdos y sueños, me llevó hasta la vieja casa solariega con sus extensos jardines y potreros que cobijaba a la escuela primaria a la que asistí, allá por los años 60, y que al mismo tiempo albergaba al club ecuestre organizado por sus aristocráticos dueños.

Circundaba la propiedad un turbulento río, con puntiagudas y negras rocas en su cauce donde se arremolinaba inquieta la espuma. Me recordé de rodillas en la ribera enfundada en mis medias de lana negra, tratando de pescar con el cuenco de la mano, los innumerables guiyis guiyis, nombre que le dábamos los niños a los renacuajos, que nadaban entre los peces compitiendo por alimento.

Juan era el chico más alto de la clase, su apellido, Bueno, parecía hecho a propósito para él, ya que describía perfectamente su carácter apacible y su permanente actitud afable aunque algo misteriosa y fantástica. Sus gustos lo distinguían ampliamente de los otros niños. Solía perseguir mariposas invisibles o sentarse bajo los viejos pinos que rodeaban el patio central a dibujar o a leer. Pasaba largos momentos en los establos acariciando y conversando con los caballos, o compartiendo sus alimentos con los peces.

Las excentricidades de Juan lo habían convertido en blanco de burlas de los chicos, quienes nunca lo invitaban a sus diversiones favoritas: jugar fútbol o corretear a los dos grandes cabritos que pastaban en la parcela cercana a la pista de obstáculos de los caballos.

Aunque su sonrisa triste delataba desilusión, el desprecio de los niños no parecía importarles mucho a Juan; pero su tranquilidad desaparecía cuando Francisco, el bravucón de la clase,

impedía a los chicos disfrutar de la mayor diversión de todos nosotros: la pesca de guiyis guiyis en el río; o cuando hostigaba a los cabritos con una vara espinosa.

Yo era la única que buscaba su compañía y disfrutaba de ella. A veces, cuando no nos veían, le llevaba un enorme vaso lleno con agua del río y muchos guiyis guiyis que había pescado para él. Juan, en agradecimiento, me invitaba a sentarme junto a él bajo un árbol para leerme alguna de las fantásticas historias que le gustaban a él y que a mí me dejaban siempre con el ánimo predispuesto a lo misterioso.

La mañana de ese viernes, cuando llegábamos perezosos a terminar la semana, escuchamos los gritos horrorizados del conserje que corría despavorido desde la orilla del río. El destino se había cobrado dos vidas. Nos acercamos llenos de curiosidad y sin estar preparados para lo que vimos: la cabeza destrozada de Francisco en medio de un charco de sangre, oscura, casi negra, sus ojos cafés enormemente abiertos, la sorpresa congelada en la mirada y la expresión de bestia herida. A su lado, - en un contraste brutal- el cuerpo de Juan con los ojos cerrados y sonriendo, cubierto por miles de pequeños peces plateados. A su alrededor todo era azul, azul índigo, como él.

MAGELA CABRERA ARIAS. Arquitecta, escritora y fotógrafa. Profesora de la Universidad de Panamá y consultora independiente en temas de desarrollo. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2007 de la UTP, aparece con varios cuentos en el libro colectivo **Contar no es un juego** (2007).